

Energía y cooperación internacional para el desarrollo: ¿Regresará el tema del petróleo a la agenda Norte-Sur en los noventa?

Jorge Eduardo Navarrete*

A lo largo de la década de los setenta el petróleo se ubicó, con mucho, en el centro de la agenda Norte-Sur. Sin embargo, en los ochenta ese tema ha desaparecido casi completamente. De hecho, el diálogo Norte-Sur se vino abajo después de la cumbre de Cancún en 1981. ¿Está el petróleo conminado a reaparecer en las negociaciones y discusiones multilaterales en los noventa? ¿Podemos esperar un resurgimiento del diálogo Norte-Sur? Y, si ello ocurre, ¿Podemos esperar que las cuestiones referentes a energéticos jueguen un papel importante? Estas son las preguntas centrales que este ensayo trata de responder.

El petróleo fue responsable del nacimiento del concepto de un diálogo Norte-Sur, tal como fue entendido en los setenta. Antes, a partir de la mitad de los sesenta, existió una especie de monólogo del Sur que, de vez en vez, provocaba algunas reacciones en el Norte. Esta fue, por supuesto, la historia de los debates en Naciones Unidas acerca del Nuevo Orden Internacional y la Carta de Deberes y Derechos Económicos de los Estados; iniciativas provenientes del Sur que fueron vigorosamente bloqueadas por el Norte; iniciativas que fueron sujeto de un intenso proceso de negociaciones formales —subrayo la palabra “formal” porque casi siempre la negociación giraba alrededor de palabras y conceptos y, muy raramente, acerca de política y acciones—; iniciativas que eventualmente fueron adoptadas con el voto mayoritario de los países en desarrollo y algunas naciones desarrolladas; iniciativas que, una vez aprobadas de este modo fueron prácticamente olvidadas. En los sesenta y setenta el cementerio de las iniciativas internacionales recibió un gran número de nuevos cadáveres.

Sorpresivamente, se encuentran entre ellos no sólo las iniciativas “impuestas” por la “mayoría automática” del Sur en los organismos de las Naciones Unidas sino también acuerdos adoptados por consenso —la regla de oro, muy favorecida por los países desarrollados. En retrospectiva, creo que en la mayoría de los países desarrollados, el deseo político de hacer verdaderamente de las Naciones Unidas una maquinaria efectiva, e implementar las resoluciones allí acordadas nunca estuvo presente. El debate y las negociaciones fueron conjugados para alejar la presión política proveniente del Sur y no para llegar a acuerdos sobre un conjunto de medidas multilaterales diseñadas para mejorar el desempeño de la economía y contribuir —como muchas resoluciones usuales— al crecimiento acelerado de los países en desarrollo.

Desde el principio hasta el fin de este ejercicio, a menudo frustrante, los actores representaron diferentes papeles. A este respecto la noción Norte-Sur es errónea. Nunca hubo un Sur verdaderamente sólido y unificado, a pesar de la impresión que en contrario daba el voto en bloque de 120 Estados. Las divisiones dentro del Sur comenzaron aparentemente de un modo más sutil; en el foro de las Naciones Unidas, el Sur estaba formalmente unificado (todos los países en el Grupo de los 77 avalaban una posición y, en muchos casos, expresaban esta unidad por medio de sus votos), pero en las negociaciones bilaterales entre muchos de ellos y países del Norte, estas posiciones unificadas raramente se reflejaban, o bien eran cabalmente contradictorias. Así, los países desarrollados llegaron a una conclusión política ineludible: las posiciones de los países en desarrollo en el ámbito de las Naciones Unidas no eran más que posturas políticas. A fin de cuentas, los intereses nacionales prevalecían y los países del Sur fácilmente olvidaban las posiciones comunes a cambio de ventajas financieras, de inversión o comercio que se les ofrecieran sobre una base bilateral.

* Ponencia presentada por el autor en el X Seminario sobre Energía celebrado en el St. Catherine's College, Oxford, Inglaterra, el 6 de septiembre de 1988. La traducción del inglés al español es de Armando González Torres, revisada por José Luis León M.

El Norte tampoco era un bloque sólido. Los países del grupo oriental por lo general apoyaban verbalmente las iniciativas provenientes del Sur, pero en raras ocasiones llegaban más allá. De cualquier modo, muchos países socialistas se mantenían alejados de uno o varios de los escasos acuerdos de comercio aún en operación, ya que preferían tomar una ventaja de los bajos precios que ofrecían los países que no eran miembros de éstos. La Unión Soviética apenas ratificó el año pasado el Fondo Común, más de una década después de que su establecimiento fue aprobado por la UNCTAD. En los ochenta, el interés de los países socialistas en los temas Norte-Sur ha ido disminuyendo rápidamente a consecuencia del tránsito más lento hacia una economía global integrada, resultado de la crisis económica.

El Norte occidental usualmente difería en sus reacciones de las iniciativas del Sur. Muchas de las economías medianas comprendían la situación del Sur y, en algunos casos, hacían eco a las demandas contra las barreras al comercio o en favor de una transferencia de tecnología más efectiva. No obstante, las grandes economías imponían a menudo sus posiciones más rígidas. En consecuencia, el bloque occidental abordaba las negociaciones económicas multilaterales en los organismos de las Naciones Unidas con la mentalidad de correr riesgos mínimos.

El petróleo tenía el potencial para cambiar todo esto. Tras el histórico ajuste de precios de 1973-1974, los países desarrollados encontraron que, después de todo, los países en desarrollo —un grupo de ellos— eran capaces de imponer un cambio sustancial en las condiciones económicas mundiales, afectando a la comunidad internacional entera. Al sentirse perdidos invitaron al Sur a dialogar y negociar. Fue una invitación tramposa: el petróleo debía permanecer en el centro del proceso de negociaciones y tres partes podían participar en él: los países exportadores de petróleo y las economías desarrolladas. Comprensiblemente, los miembros de la OPEP rechazaron tal estructura, que pretendía colocarlos en la silla del acusado.

Eventualmente se acordó discutir no sólo petróleo, sino energía y no sólo energía sino la totalidad de las cuestiones económicas internacionales. Además se acordó integrar únicamente dos grupos de países, por una parte países en desarrollo importadores y exportadores a través de un grupo representativo de 19 naciones; y países

desarrollados, representados por las ocho mayores economías de Occidente incluyendo a la Comunidad Económica Europea como una sola delegación. De ese modo, la Conferencia de París sobre Cooperación Económica Internacional (CIEC) —más conocida como diálogo Norte-Sur— comenzó en diciembre de 1975.

Hasta entonces, la CIEC había sido el único foro multilateral en el cual el petróleo era objeto de discusión con miras a acordar políticas comunes para conducir la transición hacia un sector energético mundial menos dependiente de los hidrocarburos. Estas políticas debían armonizar, a la vez, los criterios de demanda y abastecimiento y ser aceptables para ambos, importadores y exportadores, así como proveer guías para fijar precio al petróleo. Ello fue acaso un ejercicio excesivamente ambicioso, teniendo en cuenta que similares políticas y guías hubieran de ser acordadas también para el comercio internacional, el desarrollo industrial y las finanzas.

La CIEC no llegó a mayor acuerdo; después de cerca de un año y medio de reuniones casi interrumpidas esta escasez de resultados fue un tanto sorpresiva, dado el modo en que la Conferencia fue puesta en operación y la inversión política que significó.

Más de una década ha transcurrido desde que la Comisión de Energía de la CIEC trabajó en París bajo la co-jefatura de Arabia Saudita —a través del ministro Yamani y el director de Petromin Thaer— y Estados Unidos a través del secretario de Estado Kissinger y el embajador Bosworth. Es interesante recordar el grado de consenso que se alcanzó en las posturas básicas de los participantes más destacados. Ello mostrará cuánto ha cambiado, en el ínterin, la percepción de los asuntos internacionales de petróleo y energéticos.

Se aceptó ampliamente que el sector energético de la economía mundial se encontraba en medio de un proceso de transición, desde una estructura de consumo basada principalmente en combustibles fósiles no renovables (particularmente hidrocarburos) hacia otra en la cual las fuentes nuevas y renovables de energía estaban ganando importancia de manera gradual. Tal transición estaba siendo precipitada por los agudos incrementos en los precios del petróleo decretados por la OPEP, lo que estaba forzando a los países consumidores a acelerar sus inversiones destinadas a reducir su dependencia del petróleo importado.

En tal situación, los países consumidores desea-

ban alguna seguridad de abastecimiento, con el fin de manejar su propio proceso de transición de un modo sensato. Por su parte, los países exportadores querían detener el excesivo consumo de un recurso no renovable, estimulado por los bajos precios sostenidos artificialmente, así como asegurar una adecuada y segura ganancia —en términos de poder adquisitivo— de sus ventas de petróleo. Algún tipo de predictibilidad en la conducta del mercado fue considerada conveniente; sin embargo, no hubo acuerdo acerca de la manera en que los países exportadores, compañías petroleras y países importadores contribuirían a alcanzar este objetivo.

Los países exportadores rechazaron el concepto de seguridad de abastecimiento sobre la base de que el abastecimiento internacional de otros bienes —incluyendo la tecnología generada en el mundo desarrollado— no estaba en modo alguno garantizado. Igualmente, los países desarrollados rechazaron la idea de algún tipo de indexación para los precios del petróleo, o de asegurar el valor real de los capitales financieros acumulados por algunos exportadores.

La difícil situación de los importadores sin recursos permeó los debates. Estos países fueron empujados a integrar un frente común contra la OPEP y, cuando la estrategia falló, sus preocupaciones se dejaron fuera del centro de las discusiones, mientras éstas se concentraban en los intereses más inmediatos de los principales importadores y exportadores.

Las discusiones sobre energía en la CIEC dieron claras indicaciones a todos los participantes acerca de los futuros desarrollos en el campo de la energía y, en particular, en el sector petrolero. Por desgracia parece que sólo uno cuantos de los países importadores más desarrollados asimilaron la lección y actuaron en consecuencia.

Aún antes de la Conferencia de París, los consumidores más importantes comenzaron una activa y rápida reducción de su dependencia de petróleo importado. Las inversiones que apuntaban hacia un uso de la energía más eficiente y un abastecimiento diversificado, recibieron alta prioridad en Estados Unidos, Europa Occidental y, especialmente, Japón. Pronto se obtuvieron importantes avances en ambas áreas y, como resultado, cuando sobrevino el segundo gran choque petrolero a finales de la década, estos países estaban mejor preparados para lidiar con él, absorbiendo parte de sus costos y transfiriendo la mayor parte de ellos

a los consumidores y a los exportadores mismos, a través de la inflación y la depreciación monetaria. Los mayores consumidores también consiguieron actuar juntos a través de la Agencia Internacional de Energía. Un mecanismo para enfrentar las potenciales discusiones en el abastecimiento fue colocado en el núcleo de los esfuerzos de colaboración.

Algunos de los importadores de petróleo del mundo en desarrollo también siguieron este modelo, aunque los recursos que fueron capaces de canalizar para incrementar la eficiencia energética y la diversificación fueron mucho más limitados. De cualquier modo, unos cuantos se dirigieron o a incrementar su abastecimiento doméstico de energía (de petróleo o fuentes alternativas) o a disminuir su demanda de petróleo importado aun al costo de abandonar proyectos en el campo industrial que ocasionaban un alto consumo de energía. La experiencia brasileña es uno de los casos más notables en ambos aspectos.

En el otro extremo, los mayores exportadores parecían no poner atención al hecho de que un enorme cambio en los patrones de consumo de energéticos estaba en marcha a lo largo de los setenta y que este cambio podía ser, por su propia naturaleza, irreversible. También ignoraban que todos los países dependientes de petróleo importado estaban por comenzar grandes esfuerzos para reducir su dependencia, ocasionando, entre otras cosas, un incremento significativo en el abastecimiento. En este sentido, aparecieron estadísticas de nuevos productores de petróleo. Sólo unos pocos de éstos eran lo bastante importantes para llegar a ser exportadores mayores, pero todos ellos contribuyeron a reducir la demanda del petróleo de la OPEP.

Desde el inicio de los ochenta, el petróleo y los asuntos de energía han sido desplazados del centro de las preocupaciones internacionales. Otras cuestiones han pasado al primer plano. Permításenos recordar que en 1979, la Asamblea General de las Naciones Unidas recibió y rechazó dos propuestas originadas en países en desarrollo.

— Por un lado, México propuso una amplia negociación multilateral sobre energía, encaminada a definir e instrumentar un plan mundial que organizara la transición en el sector energético. Se pensaba que los problemas surgidos del comportamiento desorde-

nado de los mercados de energéticos, particularmente el petróleo, serían inaceptables para la comunidad internacional y que las ventajas de una transición energética racional y ordenada serían tan evidentes como para producir la necesidad política de entrar en un largo y difícil proceso de negociación. Desde luego, esta percepción no era ampliamente compartida, aun entre los propios países en desarrollo y la propuesta de México fue eliminada silenciosamente de la agenda, sin darle siquiera un entierro decente;

—Por otro lado, Cuba —actuando como jefe *pro tempore* del grupo de países no alineados— propuso una vasta operación de transferencia de recursos financieros al mundo en desarrollo a fin de evitar el colapso del financiamiento al desarrollo y la reducción sustancial de las tasas de crecimiento económico en los países subdesarrollados y en la economía mundial en general. Esta propuesta también fue rechazada y la Asamblea General continuó discutiendo durante algunos años más dentro del amplio contexto de las llamadas negociaciones globales, sin alcanzar el consenso necesario para poner en operación las negociaciones.

De cualquier modo, los problemas financieros de los países en desarrollo comenzaron a agudizarse pocos años más tarde, a tal grado que el asunto de la deuda se trasladó al primer plano de las preocupaciones internacionales en el campo económico y, acaso también, en la arena política.

Seis años después del estallido de la crisis de la deuda, la comunidad internacional está aún lejos de coincidir en una manera efectiva de lidiar con ella.

Al mismo tiempo, mientras el mercado petrolero atraviesa por un periodo de grandes fluctuaciones, ninguna discusión significativa sobre problemas de energía está a la vista, ni es perceptible un progreso hacia un comportamiento más estable del mercado petrolero.

El proceso de cambio en los mercados mundiales de energía actuó de modo acumulativo para producir, 10 años después de la clausura de la CIEC, el colapso de los precios del petróleo en 1986. Detrás de esta caída, distingo principalmente la habilidad de los países consumidores para reducir drásticamente su dependencia del petróleo importado, aunado ello a la incapacidad de los pro-

ductores para ajustar el abastecimiento petrolero a las nuevas condiciones.

Ambos grupos de países fracasaron en aprovechar las oportunidades para reanudar un proceso importante de negociaciones multilaterales sobre asuntos de energía: la caída en el precio real del petróleo —que ahora permanece a niveles que no difieren mucho de aquellos prevalecientes al comenzar los setenta, antes del primer ajuste introducido por la OPEP—; destruyó la voluntad política de los consumidores para entablar el diálogo; por el lado de los exportadores, el desacuerdo continuo entre los miembros de la OPEP y entre éstos y productores independientes elimina toda posibilidad de alcanzar un nuevo consenso, y hace imposible definir e instrumentar nuevas estrategias de maneja coherente.

La falta de una maquinaria institucional para pláticas y negociaciones también mezcló los problemas y provocó la pérdida de oportunidades para restaurar el diálogo. En seguida me permito citar algunos ejemplos de oportunidades perdidas:

— Aunque todos reconocen los efectos de sestabilizadores de las agudas y repetidas fluctuaciones en el precio del petróleo, esto no ha incitado a los productores y consumidores a sentarse juntos y tratar de introducir alguna estabilidad o predictibilidad en el comportamiento del mercado petrolero.

— La desconfianza hacia la energía nuclear, que comenzó después del incidente de Three Mile Island y grandemente acelerado tras Chernobyl, podría haber guiado a un replantamiento global del futuro del sector energético mundial y del papel de las fuentes nucleares y no nucleares de energía; sin embargo, no hay señales de que esto llegue a ocurrir.

— Semejante a lo anterior, la creciente evidencia acerca de los efectos negativos del patrón de consumo de energía prevaleciente sobre el medio ambiente global debía inducir discusiones internacionales dirigidas a reducir o eludir estos efectos, de una manera concertada y efectiva; aunque, desafortunadamente, no hay indicios de que esto pueda ser válido en un futuro inmediato.

Cada uno parece resignado a vivir en peligro, hasta que la posibilidad de transferir el costo —el costo económico, el costo de seguridad, el costo

ambiental— a alguien más no esté completamente cerrada.

El diálogo Norte-Sur, tal como fue entendido en los setenta, ha permanecido en una pausa completa durante gran parte de la presente década. La Cumbre de Cancún, que reunió a 22 jefes de Estado o gobierno de ambos grupos de países en 1981, fue una operación espectacular que concluyó no en el inicio de un nuevo proceso, tal como fue previsto, sino en la clausura de un estilo de negociación multilateral.

No obstante, al mismo tiempo, muchos diálogos Norte-Sur continúan activamente: estos múltiples diálogos simultáneos atañen a asuntos que han sido escogidos principalmente por los países desarrollados y son conducidos en el tiempo y en el foro que éstos han elegido, es decir, en los foros multilaterales cuyas reglas y prácticas de operación favorecen las posiciones de dichos países. El enfoque es selectivo y por sectores, no global. En la mayoría de los casos, los asuntos son decididos de antemano por los países más influyentes, los cuales mantienen el control del foro usado para las negociaciones; las decisiones ahí tomadas se imponen, sobre la base del "tómalo o déjalo", al resto de los Estados miembros.

Ejemplos de ese tipo de diálogos multilaterales se encuentran principalmente en las negociaciones corrientes sobre cuestiones financieras o monetarias sostenidas en los organismos financieros internacionales y, por supuesto, en la Ronda de Uruguay de Negociaciones Comerciales Multilaterales en el seno del GATT.

La selectividad de los asuntos queda de manifiesto, por ejemplo, en el hecho de que la Ronda de Uruguay incluye, por la insistencia de los países más desarrollados, particularmente Estados Unidos, negociaciones en servicios relacionados con el comercio, inversiones y derechos de propiedad intelectual. Al mismo tiempo, no hay intentos, allí o en otro lugar, de lidiar con el apremiante problema de las materias primas. En este sentido, los asuntos que son de interés para el Norte son activamente negociados y los que interesan principalmente a los países en desarrollo suelen soslayarse.

La selectividad relativa a los foros de negociación se muestra por la preferencia a usar el FMI y el GATT, mientras que el Comité Económico de la Asamblea General de las Naciones Unidas y la UNCTAD, se mantienen inactivos o se comprometen en discusiones que no producen ningún resul-

tado tangible. Así, los primeros foros están en auge, mientras que los últimos languidecen.

La predeterminación de los resultados de la negociación se ejemplifica en las decisiones que atañen a los recursos de capital del Banco Mundial o la emisión de derechos especiales de giro por el FMI. En este como en muchos otros casos, la forma y el momento de la decisión son acordados por un cuerpo restringido —el Grupo de los Diez, el Grupo de los Cinco o el Comité Interino— y más tarde respaldada por la membresía completa, como una cuestión de mero procedimiento.

De cualquier modo estos diálogos selectivos, sector por sector, están efectivamente formando un Nuevo Orden Económico Internacional, bastante diferente, por supuesto, de aquel vislumbrado por los países en desarrollo durante los sesenta.

Mirando hacia el futuro, es difícil prever un renacimiento de un diálogo Norte-Sur de alcance global, como aquel vislumbrado por los países en desarrollo durante los setenta. Más bien continuará el tipo de negociación fragmentada, selectiva, sector por sector, que ha prevalecido en la presente década.

En esta situación, es importante encontrar maneras y recursos para balancear los asuntos a ser incluidos en las negociaciones y la distribución de los beneficios potenciales surgidos de éstas.

Es de dudar si los temas de energía y, en especial, las cuestiones de petróleo emergerán en el diálogo. Aparece como un claro prerrequisito, un esfuerzo determinado de los países interesados y un acuerdo sobre el modo y el foro para enfrentarlo.

En relación con esta cuestión altamente especulativa, subrayaré algunos puntos al futuro:

En la situación actual, parece que cualquier iniciativa para restaurar el diálogo multilateral Norte-Sur debe originarse en los países exportadores de petróleo. Ellos son los más severamente afectados por la situación inestable en los mercados petroleros y por la incertidumbre acerca de los posibles desarrollos en el campo energético.

Empero, cualquier iniciativa por parte de estos países demanda un entendimiento previo entre ellos, el cual será difícil de alcanzar como lo indican claramente las recientes experiencias dentro de la OPEP, así como entre la OPEP y los productores independientes.

Las crecientes dificultades dentro de la OPEP para acordar políticas e instancias comunes no constituyen una base para contemplar con optimismo

el papel futuro de la Organización en las discusiones internacionales sobre petróleo. Muy al contrario, otros participantes en el mercado tienden a relegar a la OPEP como la mayor fuerza que solía ser en el mercado petrolero, o al menos, lo bastante unificada como para ejercer influencia real.

No es este el lugar para emprender un análisis detallado del papel de la OPEP. Sólo recalcaré que las dificultades de la Organización tienen bases claras y objetivas. Su declinante participación en el mercado petrolero, explica sus crecientes dificultades para armonizar las demandas y necesidades de sus integrantes. Sin un importante aumento en la demanda del petróleo de la OPEP, lo cual es remoto de prever, la Organización continuará sin satisfacer las aspiraciones de sus miembros y las dificultades para alcanzar acuerdos e instrumentar decisiones continuaran en ascenso.

No obstante, a pesar de la percepción arriba mencionada, la OPEP permanece como un factor de peso en el mercado petrolero y su participación en cualquier intento de tratar multilateralmente con cuestiones petroleras es inevitable. Pienso que todos los otros participantes deben de estar agradecidos por tener un organismo que ha actuado —particularmente en tiempos de progresivas presiones sobre la estabilidad del mercado— como un factor de equilibrio ya que ha estado dispuesto a absorber el costo concomitante.

Desde hace tiempo (1985) resulta claro que la OPEP no está preparada para continuar cargando el fardo de asegurar la estabilidad del mercado. Cualesquiera tratos futuros, incluyendo a otros exportadores o importadores, deben incluir cierto grado de responsabilidad compartida.

Esta necesidad fue reconocida a principios de 1988, cuando una serie de productores independientes se aproximó a la Organización con la mira de alcanzar un entendimiento provisional dirigido a restaurar el nivel oficial de los precios, a través de una reducción modesta, limitada y compartida en los abastecimientos de petróleo durante el verano de ese año. La reacción de la OPEP no fue alentadora, aunque puede comprenderse la causa. Sin embargo, es importante, en mi opinión, que los productores independientes continúen buscando maneras de contribuir a la estabilización del mercado, aligerando la carga de los hombres de la OPEP e incrementando la viabilidad de los esquemas de reducción de abastecimiento. Los recientes y esperanzadores acontecimientos en el Golfo Pérsico, con su promesa de llevar la paz al área,

podrían remover uno de los mayores obstáculos para la efectividad de la OPEP y deberían facilitar acuerdos de la Organización y entre ésta y otros productores.

Sólo a través de un manejo efectivo del abastecimiento, los países productores de petróleo pueden restablecer las condiciones para la reanudación del diálogo multilateral sobre cuestiones de energía. Si aquéllos continúan siendo incapaces de actuar conjuntamente, no habrá incentivo para que los países consumidores entren en negociaciones. Ello se logrará sólo si un manejo efectivo de los abastecimientos fortalece los precios y otorga el incentivo necesario. Si esto ocurre —aunque en este momento parece extremadamente improbable— los países productores deben resistir la tentación de volver, una vez más, al mismo patrón de provocar aumentos de precio excesivos e insostenibles. Las lecciones que surgieron de la experiencia de los ochenta deben asimilarse: la estabilidad a largo plazo es el fin correcto, aunque inasible; las ganancias a corto plazo son, en la mayoría de los casos, contraproducentes.

Hay otro punto para el futuro que deseo explorar: la tendencia hacia la integración industrial por medio de la participación de países productores a lo largo del proceso productivo en los territorios de los países consumidores. Esta tendencia ya ha sido discutida en profundidad en análisis recientes del mercado petrolero. Quiero aproximarme a ella desde el punto de vista de su contribución potencial a la reanudación del diálogo multilateral sobre petróleo y energía.

Es difícil, en mi opinión, prever una generalización de este tipo de operaciones. Sus límites son evidentes, tanto en términos de oportunidades de inversión en los países consumidores como, acaso más importante, en términos de la reacción política suscitada en dichos países. Independientemente de que las avanzadas o adquisiciones no provoquen vigorosas reacciones políticas, al menos su importancia individual es claramente considerable.

Un desarrollo en esa dirección es, por supuesto, un tema aparte. Aun dentro de la presente dimensión y las ya reconocidas perspectivas de este tipo de intentos de integración, ello podría contribuir a una mejor percepción de la necesidad de discutir la cuestión, en una perspectiva multilateral con el objeto de, posiblemente, establecer guías a seguir por las partes interesadas. Si ello resulta factible, una gran reestructuración del sector petrolero, definiendo.

e instrumentando nuevas reglas del juego, puede surgir como un objetivo viable.

Afirmo lo anterior con precaución: por un lado, no contemplo ninguna señal concreta que apunte en esta dirección; por el otro, no estoy en posición de apreciar el papel que uno de los más importantes actores —las compañías petroleras internacionales— pueda tener en este proceso. Los gobiernos de los países productores, que en muchos casos —directa o indirectamente— son dueños de la operaciones petroleras en sus territorios, pueden contarse como participantes interesados, en caso de que surjan obstáculos importantes, haciendo difícil continuar dichas acciones. Si se hace un intento de bloquear inversiones adicionales por los países beneficiarios —ya sea individual o colectivamente— la necesidad de sentarse y negociar se-

rá fuertemente percibida. Quisiera decir algo similar sobre los gobiernos de los países consumidores. Probablemente quieran algo más que sólo poner un alto a la tendencia descrita, si ésta parece ir demasiado lejos. Si tal es el caso, será necesario emprender conversaciones para buscar un entendimiento.

Por todo esto, me parece claro que no será fácil llenar los prerrequisitos para reanudar las conversaciones Norte-Sur en torno a petróleo y energía. Pero estoy convencido que sólo a través de un proceso sostenido de negociaciones será posible llegar al objetivo de alcanzar un grado razonable de estabilidad y predictibilidad en el mercado petrolero y, por medio de ello, avanzar, de manera ordenada y racional, en el proceso mundial de transición energética.